

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS IX JORNADAS

VOLUMEN 5 (1999), Nº 5

Eduardo Sota

Luis Urtubey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



La objetividad y el perspectivismo en la epistemología feminista

José Omar Acha*

¿Es posible postular justificadamente la existencia de alguna forma de objetividad en el conocimiento? ¿Cuánto del planteo conserva la exigencia objetivista que busca poner en cuestión? Si la objetividad en términos tradicionales, que pretende señalar una diferencia radical entre el saber ("científico") y el punto de vista de quien conoce, no resiste a la crítica: ¿por qué empeñarnos en conversar, *aún*, sobre un concepto tan sospechoso? ¿No deberíamos seguir a R. Rorty y desechar la problemática que sostiene el concepto moderno de objetividad, para cultivar la solidaridad? La insistencia de la epistemología de la parcialidad de todo saber y aun de la objetividad suele ser incómoda para quienes se hallan cómodos/as en la epistemología ortodoxa. ¿Por qué? ¿Carece de sentido instalar la reflexión sobre la objetividad desde un punto de vista generalmente tachado de 'ideológico'? Entiendo que el feminismo, que la epistemología feminista, ofrece importantes argumentos para replantear estas cuestiones decisivas para cualquier reflexión teórica sobre el conocimiento.

En un importante artículo, Donna Haraway¹ ha planteado una crítica del objetivismo cientificista, es decir, de la convicción instituida sobre la exterioridad entre el objeto de conocimiento y el "sujeto" que conoce como garantía de la verdad de un saber, sin abandonar el valor de una serie de conceptos como científicidad y objetividad. Puesto que Haraway se planta como feminista, su discusión presupone su parcialidad que antes de conformarse con aplicar una *epojé* imposible, afirma que sólo mediante el carácter situado de una mirada es posible acceder a la objetividad.

El primer punto de su argumentación consiste, pues, en el rechazo de toda forma de objetivismo, que no puede ser otra jugada que la de una difícilmente novedosa teología (el punto de vista del ojo de dios, según la expresión de Hilary Putnam). Como podemos decir que es sabido, el movimiento conceptual decisivo del objetivismo es la postulación de la posibilidad de la existencia de la carencia de parcialidad. Puesto que así se descorporiza, se desclasa, se desracializa, se dessexualiza y tantas otras maneras de occlusión de una *mirada*, siempre situada y con perspectiva, pareciera que la pretensión de objetividad es inherente a los dominadores en cualesquiera de los sentidos posibles. Al encuadrar esa carencia de mirada en el objetivismo que suponen, los dominadores defienden -comprensiblemente- que existe una mirada que, paradójicamente, no es una *mirada*. Y los científicos y las científicas que realizarían esa actividad objetiva de la ciencia objetiva, serían algo así como cristales que traducirían al lenguaje riguroso de la científicidad los caracteres de la realidad. Los sujetos que conocen no tienen ya historia, han perdido su lenguaje y su ideología.

En tanto nos hallamos ante una feminista no debiera parecer extraño que se las vea con el tema del *punto de vista y la verdad*, que antes he mencionado. Sería una suerte poseer la perspectiva que asegure la posición desde donde trabajar por la crítica y la emancipación apelando a la científicidad. No pocos han tratado de identificar ciertos sujetos sociales que

* UBA. Depto. de Historia.

tendrían esa deseada perspectiva que garantizaría la justeza y la verdad de los enunciados y promesas realizadas desde tal lugar. Haraway sabe que podría una feminista plantear que el "punto de vista de las mujeres", en tanto dominadas, es aquel adecuado para el ejercicio de la crítica y de la ciencia. Se trataría, pues, de una mirada *desde abajo* que legitimaría la labor científica y, repito, garantizaría el conocimiento como verdad. Sin embargo, se pregunta nuestra autora con toda pertinencia: ¿qué es tener un punto de vista? No la identificación con un grupo o clase social, pues toda clase o grupo son deconstruibles, se escapan de las manos, son prismas que emiten infinidad de mensajes, muchos de los cuales podrían aspirar al rango del mensaje principal. Pero si no es tan claro cómo identificar un sujeto privilegiado de conocimiento, menos aun lo es la toma de posición en la posición de los/as oprimidos/as. ¿Desde qué parámetro medir la identificación con ellas/os? ¿No es acaso un nuevo camino para implantar la soberanía de la o el científico sobre sujetos que nadie sabe si aceptarían ser representados metodológica y epistemológicamente por individuos que aseguran poseer su punto de vista? Si es fácil entender qué supone para los/as objetivistas decirse objetivos, decirse objetivos para los saberes situados implica siempre alguna *mediación*. Parece plausible, pues, que una toma de partido con un horizonte en epistemología exige el autocuestionamiento de los y las sujetos que conocen científicamente.

Lo interesante y desafiante del enfoque de Haraway consiste, a mi juicio, en que no desemboca en el relativismo, y creo que no es esa declaración aquello en que reside el interés, sino que lo son las razones que brinda. En rigor, la elección y debate entre el objetivismo, el relativismo, la objetividad y la científicidad no es producto de un conjunto de *deducciones*, sino de -precisamente- una elección que posee densidad teórica solamente a través de las razones que se presentan para tal decisión.

¿Por qué no es el relativismo una salida necesaria del abandono sin reparos del objetivismo? Hurtaré sus líneas para que "ella misma" ofrezca sus razones: "El relativismo es una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar todas partes. La 'igualdad' del posicionamiento es una negación de responsabilidad y de búsqueda crítica. El relativismo es el perfecto espejo gemelo de la totalización en las ideologías de la objetividad. Ambos niegan las apuestas en la localización, en la encarnación y en la perspectiva parcial, ambos impiden ver bien. El relativismo y la totalización son ambos 'trucos divinos' que prometen, al mismo tiempo y en su totalidad, la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar, mitos comunes en la retórica que rodea a la Ciencia."² Así las cosas, no parece evidente que sea la equivalencia de todos los puntos de vista (la indiferencia propia del relativismo) el camino a seguir. Pues sabemos que identificarse con una de las perspectivas posibles vinculadas a ciertos sujetos son siempre construcciones pasibles de destrucciones y reconstrucciones continuas, y por ende, es menos posible transitar alegremente por múltiples puntos de vista.

Haraway toma su ejemplo "a la mano": el punto de vista de la mujer. Hay que pluralizar: mujeres, pues. Pero si se pluraliza, como es necesario, otros criterios de identificación son activados, y cada uno de ellos amenaza con destruir la homogeneidad de la categoría mujer, que en lugar de ser vacía, está repleta de múltiples posiciones. La diferencia racial, por ejemplo, heterogeniza las sujetos mujeres. ¿Cómo decir, para una mujer, que se "es" mujer, y que ese "ser" tiene una cualidad específica que la *define*? La corporización es, entonces, más que una base firme para la toma de partido en las ciencias, un problema a investigar. Haraway apuesta a sostener "la naturaleza encarnada de la vista para proclamar

que el sistema sensorial ha sido utilizado para significar un salto fuera del cuerpo marcado hacia una mirada conquistadora desde ninguna parte.”³ En la cualidad del cuerpo, una metáfora que une lo común dado por la biología, la comunidad otorgada por la experiencia de género limitada por la formación social existente, la red de los discursos en el juego ideológico de la dominación y la explotación, la construcción de la multiplicidad de las sexualidades, etc., reside la posibilidad de la perspectiva de la mirada, y la promesa de intervenir en la discusión científica con el fin de acceder (construyéndolo) un saber objetivo. No habría, sin embargo que subestimar la complejidad de la corporización, ni la complejidad del “cuerpo”.

Si Haraway ataca con vigor la ilusión de una identificación inmediata con la perspectiva de los dominados, con la visión desde abajo, no es porque la crea imposible, sino porque desea prevenir que la corporización, que la adopción del punto de vista, sea una construcción imaginaria, acrítica. Pues sabe que es posible posicionarse con la condición de no quedarse tranquilos/as. En toda identificación con un grupo o una clase social opera una cierta violencia que se atenúa significativamente al someterla a severa crítica. La práctica adecuada para evitar la peligrosa osificación de la corporización es mantener el dinamismo del punto de vista que distancie la posibilidad de un esencialismo: “El firme compromiso hacia posicionamientos móviles y de las desvinculaciones apasionadas depende de la imposibilidad de la política inocente de la ‘identidad’ y de las epistemologías como estrategias que buscan ver desde los puntos de vistas de los subyugados para poder ver bien.”⁴

Es una renuncia activa respecto a la esencialización respecto al sujeto (político) con el cual uno/a se identifica críticamente que, necesariamente, tiene su costo. Porque no es difícil concluir que la pérdida del punto fijo para mover el mundo que es la “identificación” implica el abandono definitivo de toda pretensión de objetividad y, por ende, de crítica racional y cooperativa. Una vez más cometeré un latrocinio textual para “darle la palabra” a la autora: “... la localización trata de vulnerabilidad y se opone a las políticas de clausura, de finalidad o tomando prestadas palabras de Althusser, la objetividad feminista resiste a la ‘simplificación de la última instancia’. Esto se debe a que la encarnación feminista de opone a la fijación y es insaciablemente curiosa de las redes de posicionamiento diferencial. La posición feminista no es única, porque *nuestros mapas requieren demasiadas dimensiones para que esta metáfora de bases a nuestras visiones.*”⁵

¿Cómo la relación entre consistente (por el compromiso político con el saber situado) e inconsistente (por el permanente abandono de todo pacto eterno con el “sujeto”) de la tarea científica con la objetividad alcanza a cerrar la propuesta de Haraway? De una manera bien posmodernista. El trabajo científico, con estos supuestos, produce relatos, tesis y críticas, que entran en contacto con sus lectores y escuchas, que “conversan” con otros resultados provenientes de perspectivas *otras*. En lugar de que la objetividad sea una práctica, es un supuesto, de modo tal que Haraway puede hablar de una “objetividad feminista”. Sabemos que ella no piensa que, como en el joven Lukács, el punto de vista garantice el privilegio de un saber ubicado, aunque sólo la ubicación permite aspirar a la verdad científica. Pero la inestabilidad del posicionamiento obliga a volatilizar el contenido de un discurso de saber haciéndolo pasible de una refutación permanente. Al tiempo sostiene que ese reconocimiento de la situación de todo conocimiento posibilita la objetividad, la ciencia, y la racionalidad.

Puede formularse la cuestión clave del siguiente modo: el reconocimiento del carácter situado del conocimiento no es sólo un ejercicio de "sociología del saber", sino un insumo decisivo para la objetividad.⁶

La objetividad metafísica, desencarnada, está pues cuestionada. Pero ¿por qué no adscribir a la perspectiva "pragmatista" que rechaza como sin sentido la búsqueda de la objetividad así como de cualquier correspondencia entre palabras (o frases) y "hechos"? Para R. Rorty, por ejemplo, habría que reconocer nuestro sesgo etnocéntrico, para conversar en la solidaridad de nuestra comunidad los valores que nos guían. La verdad no es otra cosa que aquello que por ella entendemos. No en virtud de la cercanía con la realidad objetiva, sino porque existen, provisionalmente, argumentos más convincentes al respecto. No necesitamos, pues, una teoría de la verdad, la objetividad. No epistemologías, sino conversación sobre nuestras creencias.⁷

En una estrategia diferente, D. Haraway subraya la pretensión de objetividad mostrando, además de la "situación" de todo saber, el "compromiso" que nos vincula a nuestros "objetos". Si la objetividad es definida como una intención científica situada y nada más, y si además tal objetividad se modifica y existe (como otredades) en todas las perspectivas no conservadoras -pues sería imposible para Haraway plantear que ella o las feministas posee el privilegio de la objetividad-, la naturaleza del objeto de desvanece. "Los conocimientos situados requieren que el objeto de conocimiento sea representado como un actor y como un agente, no como una pantalla o un terreno o un recurso, nunca como esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría del conocimiento 'objetivo'."⁸ El "objeto", entonces, debería considerarse en realidad como un sujeto, y debería entablar una relación de conocimiento en una vena interpretativa, "conversando" con éste, sin someterlo a la habitual violencia del método.

En la reflexión epistemológica dominante los esquemas empleados son los pensados en proposición del tipo "S conoce que p", punto en el que se inicia la discusión. Tal planteo de la cuestión deja entre paréntesis el problema del sujeto que conoce. La búsqueda de claridad y distinción conceptuales remite a las temáticas de la referencia, de la convergencia entre el "contenido" del saber con pretensión de verdad ("que p"), de si es preferible entenderla como "aseveración justificada" o como "correspondencia". Ciertamente, también existe en la tradición de la filosofía analítica una atención a los "esquemas conceptuales" (así en D. Davidson, Quine y Putnam) que imposibilitan confiar en un acceso inmaculado a la "realidad". Sin embargo, la tematización de las diferencias y, particularmente, las relaciones de poder que intervienen en la conformación de esos "esquemas" no son estudiadas.

La conceptualización del "objeto" es también reductiva en la epistemología ortodoxa. En las formulaciones semánticas de la verdad (seguidoras del modelo de Tarski), los ejemplos de "p" son tomados de la relación con objetos inanimados.

A esta altura, opino que la pregunta es ¿por qué sostener todavía el concepto de objetividad cuando éste ha perdido toda necesidad, y toda función cognoscitiva? Creo que la razón de Haraway es eminentemente política. Un saber objetivo y científico no objetivista es situado y por ende puede comprometerse, y Haraway mantiene su compromiso militante con el feminismo. Una pluralidad de objetividades posibilita no considerar a los otros saberes no feministas (o feministas disidentes) como falsedades necesarias, sino discutir con ellos sin apelar a la barbarie. Considerar al "objeto" como una figura dinámica, evita reedificar al o la científica como sujetos soberanos, y mucho más cuando se estudia a seres hu-

manos. Y es un respeto de la alteridad que se presenta como ética y políticamente necesario. No obstante, debería reconocerse el carácter aporético que, ante la elaboración de Haraway, impone el concepto de objetividad.

Cuando Haraway habla de que es posible construir proyectos fieles a una "objetividad feminista" o de que el problema de la ciencia para el feminismo es la "objetividad como racionalidad ubicada", coloca el peso de la objetividad en el reconocimiento de la *parcialidad*, y yo diría que ese reconocimiento (de importancia vital) es una condición necesaria para la objetividad, pero en modo alguno es suficiente. La parcialidad de toda perspectiva establece las condiciones para que, sabida la imposibilidad de una imparcialidad absoluta, los saberes elaborados entren en un terreno de disputa interpretativa, y que en ese proceso se cuestionen tanto esos saberes como las condiciones reales de su producción. Pero la parcialidad jamás será objetiva ni necesita serlo para sostener la posibilidad de la objetividad científica. Se trata de lo contrario, pues si la imparcialidad fuera posible, la objetividad sería innecesaria. En síntesis, en el ámbito de los/as sujetos que conocen científicamente la discusión de la objetividad y del objetivismo exige considerar como cuestión nodal las condiciones reales (institucionales, individuales, ideológicas) de la producción del saber, donde el carácter situado del conocimiento es sólo una parte (aunque desde luego decisiva).

Una acusación esperable ante el perspectivismo es la de la irracionalidad de la postura. ¿Acaso ello no significa, se dirá, eliminar de raíz toda las ciencias? Enseguida se argumentará típicamente por la prueba intersubjetiva de la objetividad: la comparación de fuentes documentales y pruebas, la apertura a las críticas que significa la publicación de las investigaciones, la posibilidad de hacer públicas interpretaciones diferentes, etc. ¿No es cierto que el desarrollo de la ciencia histórica ha desechado progresivamente muchas ilusiones y falsificaciones?, ¿una perspectiva mal llamada "positivista" no ha sido, en definitiva, la que construyó trabajosamente todo un acervo de hechos probados que hacen posible todo avance subsiguiente?, etc. Por banales y predecibles que sean estos argumentos, no dejan de ser reales y de tener peso. Poseen la ventaja de logros realizados, aunque ciertamente dejan de lado los inmensos *silencios* que crearon, las innumerables represiones que contienen en sus "hechos".

Esbozando una alternativa, llamaré racionalidad científico-hermenéutica a la racionalidad que conjuga la parcialidad necesaria de toda práctica, con una científicidad superior a la ilusión objetivista, y que se articula, internamente, con una intención política interesada en transformar la sociedad. Como definición general, esta racionalidad sería pluralista y dialógica a diferencia del monologismo de la racionalidad objetivista. ¿Se trata de una objetividad cuya novedad consiste en ser puesta al servicio *exclusivo* del feminismo (valdría lo mismo para las teorías perspectivistas limitadas de los grupos políticos, gays, raciales, y tantos otros igualmente válidos)? Ello equivaldría, nuevamente, a considerar la existencia de una Objetividad eterna, al margen de las prácticas concretas de los seres humanos, exenta de puntos de vista, en fin, metafísica. Más que presentarse como un saber exento de determinaciones, la racionalidad científico-hermenéutica (o interpretativa) manifiesta la riqueza de determinaciones que condicionan la construcción de conocimiento, y también, necesariamente, de ideología.

Conclusiones: perspectiva como crítica de las ideologías

¿Habrá que abandonar el perspectivismo del feminismo historiográfico como otros tantos otros perspectivismos? La respuesta es difícil, y sin duda quien esto escribe sería impugnado por ser varón y no entender qué se juega aquí. Mientras ello no es improbable, quisiera transitar por una senda que me parece más productiva. Mi tesis es que el feminismo historiográfico como postura epistemológica adolece de problemas en apariencia irresolubles para saldar eficazmente la tensión entre parcialidad y objetividad concreta, mientras que sí puede hacerlo una historiografía (y una epistemología) que posean entre sus conceptos articuladores centrales el de "género". *El cambio del punto de vista del feminismo historiográfico hacia una Historia de género (en la cual sin embargo persiste como punto de vista irreductible) permite visualizar y resolver mejor el problema de la objetividad, y por lo tanto, fundamentar la crítica. En la medida en que ese cambio conceptual implica una modificación de los supuestos y de las necesarias consecuencias implicadas por su enunciación, me parece que también mediante ello arribamos a una problemática que se plantea adecuadamente los problemas historiográficos en los aspectos teóricos y políticos. Y es que una historiografía de género puede articular con eficacia los problemas de la comunicación y de la racionalidad. Finalmente, tal viraje historiza el avance historiográfico, teórico y político que el feminismo indudablemente ha significado.*

La necesidad de una tensión irresoluble entre perspectivismo y objetividad, más allá de la saludable conmoción de las tranquilidades teóricas del objetivismo, como he tratado de mostrar, limita la consistencia crítica del feminismo historiográfico. La perspectiva de género, en cambio, permite situar el mismo problema de modo diferente. La construcción de las identidades (no sólo sexuales), su inserción en las condiciones sociales de existencia, sus matices y variaciones, todo ello es concebido en el análisis de género en términos relacionales, sin que pueda decirse que el "objeto" historiográfico "mujeres" se comprenda por sí mismo, sino *en relación*. Con ello no solamente se dice que exista un "diálogo" entre las condiciones de vida y existencia de las mujeres y los hombres, sino en el interior de cada uno de estos conjuntos, que en modo alguno son homogéneos. Tampoco se conforma en señalar que las identidades de género no sean absolutas. En realidad, suele indicarse que la relación es la que constituye la identidad, y que sin comprender las diferencias es imposible comprender las identidades. No se trata, pues, de absolutizar un "objeto".

Ahora bien, ello tiene un correlato epistemológico: el conocimiento no se crea preferentemente mediante el prejuicio (en el sentido de anterioridad al juicio), sino en el diálogo y confrontación de las diferencias interpretativas. No se trata ya de la existencia de una epistemología sexuada. Se trata mejor de la construcción colectiva de un saber, donde el sexo no decida *a priori* la validez del conocimiento. Donde, por otra parte, no se responda con la androfobia teórica la misoginia cognitiva, y por ende se aspire y realicen prácticas intelectuales pluralistas y cooperativas entre todas/os aquellas/os que apuesten por un conocimiento crítico y emancipador. La cuestión de la objetividad es más que la parcialidad absoluta, y se resuelve en la intercomunicación y la discusión sobre la base de argumentos y pruebas. La generalización del debate en modo alguno supone eliminar las condiciones para la racionalidad y la objetividad, pero que no deja de ser una *construcción*.⁹

El cambio es consonante con una apertura a un diálogo plural que es menos propenso al sectarismo, y hace consistir un tránsito a prácticas políticas colectivas. Finalmente, la pers-

pectiva de género posibilita hacer un balance crítico del desarrollo del feminismo historiográfico y teórico, y creo de un modo superador.

Naturalmente, esto no agota ni cercanamente los problemas vinculados al objetivismo y el feminismo historiográfico. Son de radical necesidad explorar las conexiones de la cuestión con el marxismo, como teoría social y política no apoyada en el objetivismo, con caracteres hermenéuticos y científicos; con los estudios similares abordados desde otras perspectivas contestatarias; con los nuevos desarrollos de las variantes interpretativas. Nuestra crítica al enfoque posmodernista o post-estructuralista es, evidentemente, muy escueta y merece detallarse (tanto es así que algunos aportes de la deconstrucción son valiosísimos). Todo ello queda para otra ocasión, pero ya nos encontramos con una problemática madura luego de los inicios un tanto dubitativos. Pero sobre todo no es evidente que la perspectiva de género no adolezca de problemas que conciernan a los intereses emancipatorios de conocimiento ni a porías autodestructivas.

Notas

¹ Donna Haraway, "Conocimientos situados", en *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Valencia, Cátedra, 1995.

² Haraway, *op. cit.*, p. 329.

³ Haraway, *op. cit.*, pp. 323-324.

⁴ Haraway, *op. cit.*, p. 330.

⁵ Haraway, *op. cit.*, pp. 337-338. El subrayado es mío.

⁶ Cf. Harding, Sandra. "Rethinking Standpoint Epistemology: What is 'Strong Objectivity'?", en Linda Alcoff y Elizabeth Potter (eds.) *Feminist epistemologies*. London, Routledge, 1993.

⁷ Richard Rorty, "¿Solidaridad u objetividad?", en *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos, I*. Barcelona, Paidós, 1991.

⁸ Haraway, *op. cit.*, p. 341.

⁹ Gunew, Sneja, "Feminist Knowledge: Critique and Construct", en Gunew (ed.) *Feminist Knowledge*. Londres-New York, Routledge, 1992.